

Roberto Heredia ELEGIAS DE TIBULO

Albii Tibulli aliorumque *elegiarum libri I-III*. Albio Tibulo y su círculo, *Elegías. Libros I-III*. Introducción, versión rítmica y notas de Tarsicio Herrera Zapién. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filológicas. Centro de Estudios Clásicos, México, 1976. CCXXVIII, 80, 80, pp. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

Por segunda vez en nuestra patria es traducida, en verso, la obra completa de Tibulo y los demás poemas que forman el llamado *Corpus Tibullianum*.

Perdida en su totalidad la poesía de Cornelio Galo —cuatro libros de elegías, dedicados a cantar su amor desgraciado por la hermosa Licoris—, iniciador, según opiniones antiguas, de la elegía latina, los poemas de Tibulo en su conjunto se nos aparecen como la primera obra plenamente representativa de esta veta, uno de los géneros en los cuales el genio romano se expresó con mayor fuerza y originalidad.

En su inicio, en Grecia, se aplicaba el nombre de elegía a todo poema compuesto en dísticos elegíacos, es decir, en estrofas de dos versos, un hexámetro y un pentámetro. Los fragmentos de los primitivos elegíacos, Calino, Tirteo, Mimnermo, Teognis, tratan asuntos diversos: exhortaciones a la guerra, reflexiones políticas y morales, asuntos personales, amor. Esta estrofa, posteriormente, fue usada en poemas de asuntos mitológicos y narrativos, y en epigramas.

La elegía romana mantuvo el esquema métrico creado por los griegos, y limitó su temática, en el principio, a la confesión personal de la vivencia amorosa y de los pesares íntimos. Posteriormente abordó tam-

bien asuntos mitológicos, a la manera de los alejandrinos; y no faltan poemas elegíacos con características similares a las de la oda.

Tres libros componen el *Corpus Tibullianum*; los dos primeros son obra indudable de Tibulo, y comprenden dieciséis elegías; el primero —diez poemas— tiene como tema principal su amor por Delia (elegías Nos. 1, 2, 3, 6); el segundo —seis poemas— contiene el ciclo de Némesis, amada en turno (elegías Nos. 3, 4, 6). El tercer libro está compuesto por las siguientes obras: seis pequeñas elegías (Nos. 1-6) en que el joven Lygdamo canta sus desafortunados amores con Neera; un panegírico de Mesala (No. 7), anónimo y de muy escaso valor; cinco elegías (Nos. 8-12), atribuidas en forma casi unánime a Tibulo —algunos las llaman en su conjunto “corona de Sulpicia”—, y que glosan los cinco brevísimos poemas siguientes (Nos. 13-18); en estos cinco poemitas la autora, quien se llama a sí misma Sulpicia, trata de sus amores con un joven de nombre Cerinto; y, finalmente, dos poemas breves (Nos. 19 y 20) —el primero es una elegía, y el segundo, un epigrama—, atribuidos también en forma general a Tibulo.

Se cree que este último libro se formó con algunas obras que Tibulo no alcanzó a recoger y publicar en un libro, juntamente con poemas de otros escritores relacionados con el círculo de Mesala (Valerio Mesala Corvino).

* * *

Un amor seguro y una dorada medianía en la paz de las tareas campesinas y en la sencillez de las costumbres y los cultos tradicionales; esto parece encerrar la máxima aspiración de Tibulo:

“Yo ni riquezas paternas ni las ganancias requiero que la mies recogida diole a mi antiguo abuelo:

Me basta un campo pequeño, si descansar puedo en lecho sabido y restaurar en la cama usual los miembros. ¡Cuánto place a uno, acostado, los vientos oír implacables y sobre un tierno pecho estrechar a la amada o, cuando el Austro invernal aguas heladas derrame, sueños seguir seguro con la ayuda del fuego!”...

Muy joven, había quedado preso, con toda su sinceridad y candidez, en los encantos de Delia, mujer algo mayor y, tal vez, casada. Dicha, inquietudes, celos, traiciones sacuden la pasión de Tibulo; y él sigue y siente todos esos vaivenes con una ingenuidad de alma juvenil, que no concibe más que ternura y delicadeza para la mujer amada:

“Oh, que cuanto existe de oro y de esmeralda parezca antes que una muchacha lllore por nuestros viajes!”

“No soy de un valor tal, que lllore ella una vez sola.”

Poco tiempo pudo sentir Tibulo que su ilusión se realizaba. Muy pronto desapareció la seguridad del amor de Delia, y sin esa seguridad, como sin su base, se derrumbaba todo lo demás. Ahora debía encaminar sus esfuerzos a logros más exigüos: a poder gozar, a escondidas siquiera, el amor de su muchacha; a esperar y suplicar; a descubrir estratagemas para engañar al cónyuge y a su guardia férrea:

“Ella (Venus) enseña a desligarse de un muelle lecho a escondidas ella a poder posar el pie sin ruido alguno.

Ella, a reducir frente al marido los gestos locuaces y ocultar blandas voces con convenidas señas”.

Delia enferma. Tibulo acude a los dioses, a las artes mágicas y a cuanto podía brindarle una esperanza de salud para su amada. Pero Delia, una vez a salvo, entrega su amor a otro. Transido por el dolor de la traición, anonadado por el derrumbe de sus ilusiones, Tibulo dirige a su muchacha la más sentida queja, y le confía, con los acentos más tiernos, su íntimo desamparo:

“Pero yo imaginaba, loco, una vida dichosa, si quedabas a salvo aunque era un dios renuente.

Campos sembraré y sus frutos va a estar guardando Delia, mientras la era trille la mies al sol ardiente; para mí guardará uvas en las hinchadas tinajas o los cándidos mostro con rauda pie prensados...

Ella rija a todos, ella tenga cuidado de todo; y a mí, en cambio, en la casa toda ser nadie plazca.”

No hay grito de dolor o de rabia. Su angustia se resuelve en súplica tierna o en delicada invitación para realizar la ilusión tanto tiempo y con tanto anhelo cultivada:

“Mas tú permanece casta, te ruego, y quede cual guardia de tu santo pudor siempre la anciana atenta.

Que ella te refiera fábulas y preparada la lámpara, extraiga largos hilos de bien provista rueca;

Y en derredor la muchacha, atada a sus graves tareas, poco a poco rendida de sueño, la obra suelte.”

Esto cantaba, enfermo, en isla lejana, de donde por momentos pensó que no regresaría. En anhelo supremo sueña que se desprende de los lazos de la muerte y que vuela a reunirse con su amada Delia; y que llega, inesperado, en esos precisos momentos en que ella se abandona a su casto sueño:

“Llegue yo entonces de súbito, y que nadie antes me anuncie mas parezca, del cielo enviado, a ti llegarme;

entonces, tal como estás, con los largos cabellos revueltos, Tú corre a recibirme, Delia, con pies desnudos.”

La introducción comprende tres partes. En la primera se exponen los rasgos biográficos de Tibulo. En la última se discuten los problemas de atribución de las poesías incluidas en el libro III del *Corpus*. La parte segunda es un comentario analítico de las elegías, que se bifurca en dos direcciones: por una parte, va indi-

cando el autor, en cada caso, cómo la aspiración última de Tibulo es alcanzar la serenidad. Por otra, dis-cierne, aunque sólo en la exposición de las elegías nos. 1, 3 y 10 del libro primero, cómo el desarrollo de cada uno de los poemas puede asimilarse al de ciertas formas musicales modernas, tales como el rondó, el primer movimiento de una sinfonía, el primer movimiento de una sonata. En los demás comentarios abandona esta dirección del análisis y continúa solamente por la primera.

a sido intención expresa del Dr. Herrera, en esta versión rítmica de Tibulo, “volver familiares los hexámetros, vertiéndolos en la forma tradicional castellana del doble octosilabo”, con cadencia final adonia, es decir, con acento en la segunda y quinta sílabas, a contar de la final, para asegurar “el efecto hexamétrico”. Los pentámetros han sido trasladados por “nuestros familiares alejandrinos de doble heptasílabo con acento en la 2a. y 4a. sílaba”; algunas veces, “por flexibilidad”, van acentuados en 2a. y 5a., es decir, con el mismo ritmo adonio que los hexámetros. De hecho, la variedad de acentuación va más lejos; no son raros los heptasílabos que llevan acento en 2a. y 6a.

“El rigor literario-literal lo he suavizado”, continúa el traductor recordando su versión de las *Epístolas* de Horacio—, a fin de reflejar la difícil facilidad de Tibulo... Por ello he atenuado el hipérbaton.”





En efecto, la versión de este poeta es una traslación de gran exactitud, en la cual por medio del texto español pueden seguirse fácilmente los versos de Tibulo, y que ha conseguido abundantes pasajes bellos y consistentes; sin embargo, parece adolecer algunas veces de un cierto aflojamiento, bien porque la medida del verso español admite el acomodo de una expresión más holgada, bien porque la fluidez que ha buscado el traductor así lo exige, bien por necesidades de expresar ciertos matices. Además, he notado que, sin aparente razón de peso, algunos verbos se han vertido en tiempo y modo distintos de los originales, con alteración consecuente, que me parece apreciable, en el matiz de las expresiones (*cf.*, por ejemplo, I, 1, 29-32; I, 2, 3-4, 29).

Una observación breve, y casi marginal, deseo añadir. En la elegía primera del libro I he advertido que dos cortos pasajes de la traducción

definitivamente no se corresponden con el texto latino; éstos son los disticos compuestos por los versos 11-12 y 31-32. Pienso que en estos casos pudo suceder lo que, sin duda, pasó con el verso 27 del mismo poema; que la traducción se hizo sobre una edición distinta de la que se produjo; porque el texto español de la palabra *ortos* donde el latino tiene *aestus*; pero he visto ediciones en que se lee *ortus* en vez de *aestus*.

Para facilitar al lector la apreciación de los octosílabos y heptasílabos de la traducción, se ha marcado una separación en el texto, de suerte que casi todos los versos —hay algunos en que no pudo seguirse estrictamente el procedimiento—, aparecen divididos en dos partes.

Esta forma de versión parecería que añade una dificultad más a la ya ardua labor que exige toda versión literal, y particularmente la

ritmica. Además de buscar la fidelidad estricta al vocabulario, el apego ceñido a las locuciones y el reflejo del ritmo original, el traductor quiso reducirse a trasladar los versos latinos por versos españoles de un número constante de sílabas. Son patentes el conocimiento y la habilidad que Tarsicio Herrera ha ejercido en la minuciosa y esforzada labor de perseguir este ajuste. Y, si bien la expresión española no siempre se mantiene con la misma cohesión y fluidez, debe señalarse que esta versión de Tibulo responde satisfactoriamente a las exigencias de una traducción literal y realiza las intenciones con que se emprendió.

Roberto Heredia Correa